

Jesús Díez

Yihadismo global, la amenaza más persistente

Global jihadism, the most persistent threat

Resumen

En la última década, el terrorismo de carácter yihadista se ha consolidado como una de las mayores amenazas para la seguridad. Desde su epicentro en Afganistán, Irak y Siria, las principales facciones de la yihad global Al Qaeda y Daesh, así como su perversa ideología extremista y la violencia que la sustenta, se han proyectado y expandido mucho más allá de su territorio originario. En este contexto de descentralización, África —especialmente el Sahel Occidental y el Cuerno de África— se ha convertido en la zona del mundo donde más prolifera esta amenaza global, tanto por el número de ataques como de víctimas mortales. Europa, y a pesar del declive de los atentados desde 2018, se mantiene como objetivo prioritario del ideario yihadista. Solo desde un estudio holístico de la amenaza y de su contexto se podrán articular las respuestas más oportunas para acabar con el yihadismo global.

Palabras clave: yihadismo, Al Qaeda, Daesh, atentados, víctimas

Abstract

In the last decade, jihadist terrorism has established itself as one of the greatest security threat. From their epicentre in Afghanistan, Iraq and Syria, the main factions of the global jihad: Al Qaeda and Daesh, as well as their perverse extremist ideology and the violence that sustains it, have projected and expanded far beyond their original territory. In this context of decentralization, Africa - especially the Western Sahel and the Horn of Africa - has become the most prolific area of the world for this global threat, both in terms of the number of attacks and the number of mortal victims. Despite the decline in attacks since 2018, Europe remains a priority target for jihadist ideology. Only through a holistic study of the threat and its context will it be possible to articulate the most appropriate responses to put an end to global jihadism.

Keywords: jihadism, Al Qaeda, Daesh, attacks, victims

Jesús Díez, Coronel del Ejército de Tierra (Artillería) y diplomado de Estado Mayor de las Fuerzas Armadas de España y del Ejército de Chile. En la actualidad es vocal asesor en el Departamento de Seguridad Nacional de Presidencia de Gobierno

Recibido

28/02/2021

Para citar este artículo: Díez, J. (2021), Yihadismo global, la amenaza más persistente, Revista Internacional de Estudios sobre Terrorismo, nº2, pp 7-17

Aceptado

31/03/2021

1. Introducción

El terrorismo de carácter salafista violento sigue siendo la mayor amenaza que hoy enfrenta el mundo. Sin embargo, a pesar del enorme sufrimiento que provoca, no podemos ni debemos caer en el error de considerarla vital o existencial, al menos por el momento. Hacerlo significaría reconocer que no tenemos argumentos ni herramientas —más allá de la respuesta militar— para enfrentarla. A estas alturas, también debemos reconocer que no han tenido éxito las aspiraciones apocalípticas de la yihad global: el derrocamiento de los regímenes islámicos apóstatas o no afines a sus posiciones, y el dominio absoluto de los territorios occidentales para expandir su pretendido califato. No obstante, esto no significa que las principales facciones del yihadismo, Al Qaeda y Daesh, hayan renunciado a su fanático y mesiánico proyecto.

El “califato islámico” del siglo XXI, anunciado por Al Bagdadi en la ciudad de Mosul (Irak) en 2014, fue aplastado en 2017 en Irak y, dos años después, en Siria. Durante su corta existencia, consiguió ganar miles de adeptos que, desde Europa, el norte de África y otros lugares del mundo, se unieron a la causa del Daesh en suelo sirio e iraquí. Además, con su “califato” aterrador desplazó a Al Qaeda del liderazgo de la yihad global, que nunca había aspirado a un proyecto tan perceptible.

Por entonces, las promesas de Daesh parecían colmar y envalentonar a la sinrazón yihadista. La autoproclamación de un estado islámico supuso, por primera vez, la materialización territorial y física de la yihad, y la creación de una suerte de estructuras administrativas, de justicia y beneficencia social soportadas por la sharia más cruel y rigorista. Este pseudo-estado estaba cimentado sobre una ingente financiación, y se convirtió en el mayor atractivo para sus seguidores. También, fue la mejor propaganda —difundida ampliamente por internet— del yihadismo de Daesh. Así, no es de extrañar que emergieran en Europa una hueste de terroristas o que muchos grupos terroristas, especialmente en África, se afiliaran al autoproclamado Estado Islámico.

Frente a esta terrible amenaza internacional, el mundo enteró celebró la derrota militar de Daesh en Siria e Irak. No se trataba de una ensoñación, pero tampoco había grandes certezas ni fundadas razones para declarar que, con la desaparición del imaginario califato, comenzaba el ocaso de la yihad global. A pesar de erráticas valoraciones, no cabe duda de que el duro golpe asestado al yihadismo global era una excelente noticia para toda la humanidad. Más aún para los musulmanes, pues la práctica totalidad rechaza los postulados del yihadismo y, en 2011, ya representaban entre el 82 y el 97% de las víctimas mortales del islamismo violento (National Counterterrorism Center, 2011).

2. La actual expansión del yihadismo

Mientras el mundo celebraba esta ansiada victoria, las franquicias de Al Qaeda y Daesh no han dejado de expandirse y, a pesar de la pandemia global, 2020 no ha sido una excepción. Según el Anuario del terrorismo yihadista 2020 del Observatorio Internacional de Estudios sobre el Terrorismo (OIET), el año pasado se ha producido un incremento muy significativo de los atentados terroristas (un 52%, hasta 2.350) respecto al 2019, aunque el número de víctimas mortales (9.748) sea prácticamente igual (Igalada, 2020).

Asimismo, este informe subraya la tendencia descentralizadora de la actividad terrorista de las dos organiza-

ciones referentes de la yihad global fuera de su territorio de origen y expansión en Oriente Medio, donde ahora mantienen un perfil bajo de actividad, que se ha pronunciado aún más por la eclosión y proyección de grupos afiliados y franquicias regionales, especialmente en el continente africano: “La degradación de la situación en el Sahel Occidental y en el entorno del Lago Chad sumado a la cada vez mayor amplitud de movimientos que tiene el yihadismo en otros países como son la República Democrática del Congo y Mozambique, representan un serio riesgo para la estabilidad de una buena parte de África” (Iguialada, 2020). Este panorama, unido a la nueva oleada de atentados sufridos dentro y fuera de suelo europeo en el último año nos ha hecho tomar conciencia de que, desgraciadamente, el final del yihadismo no está, ni con mucho, escrito.

Con todos estos parámetros, y lejos de considerar la yihad global como un movimiento homogéneo ni centralizado, resulta oportuno apuntar la situación del yihadismo en aquellos lugares del mundo donde la amenaza registra hoy los mayores índices de violencia. Sin duda, los parámetros o las motivaciones que subyacen en la captación o radicalización en cada uno de estos escenarios son distintos, también los procedimientos y las tácticas empujadas en los atentados, y el número de víctimas —asesinados, heridos, desplazados o refugiados— que provocan. Sin embargo, todos ellos tienen un dramático denominador común: su cruel intención de aterrorizar a una población en aras de una pretendida yihad violenta global, contraria al propio Islam, que solo subsiste en la mente perversa de los terroristas.

2.1. Europa

Desde mediados de la década de los noventa, “varias redes yihadistas comenzaron a planificar, y en algunos casos a ejecutar, acciones terroristas en suelo europeo” (Jordán y Torres, 2005), al tiempo que el viejo continente se mantenía como retaguardia estratégica de los grupos terroristas salafistas. Desde entonces, el yihadismo global descentralizado se ha afianzado y expandido en el interior de Europa hasta convertirse en la vanguardia operativa de redes yihadistas cada vez más agresiva. Después del 11-S se ha multiplicado en todo el mundo el número de acciones terroristas coordinadas, o al menos instigadas, por Al Qaeda. Los atentados de Madrid en 2004 y Londres en 2005 plasmaron de forma dramática la expansión del yihadismo en Europa, como también lo hicieron las numerosas detenciones de individuos vinculados a grupos terroristas globales, o la desarticulación de redes yihadistas en países como Rusia, Reino Unido, Italia, Alemania o España

El inicio de la guerra en Siria en 2012 se convirtió en la principal motivación para la radicalización violenta, el reclutamiento y la movilización yihadista, que aumentó con la instauración del autoproclamado Estado Islámico en 2014. En este contexto, “decenas de miles de jóvenes musulmanes europeos, o residentes en Europa occidental, adoptaron una visión fundamentalista, excluyente y belicosa del credo islámico. Una parte, entre 5.000 y 6.000 de ellos, partieron para unirse, como combatientes terroristas extranjeros, a organizaciones activas en Siria e Irak, tanto a las relacionadas con Al Qaeda como, sobre todo, a Estado Islámico” (Reinares, 2020). Mientras, Europa sufría una cruenta ola de atentados perpetrados por adoctrinados europeos, por aquellos que no pudieron unirse a la yihad en el exterior o por retornados de Siria o Irak. Con una planificación muy significativa, los atentados en París en 2015 en Bruselas, Niza y Berlín en 2016 o en Manchester y Barcelona en 2017 dejaron constancia de que el yihadismo dentro de las fronteras europeas había alcanzado unos niveles extremadamente graves.

A partir de 2018 la radicalización y el reclutamiento en suelo europeo ha descendido, sin embargo, asistimos a un repunte de actos terroristas más individuales, menos organizados y menos letales. Los yihadistas en Europa emplean cualquier medio como arma para aterrorizar y asesinar, siguiendo los preceptos de Al Qaeda y Daesh —que se extienden ahora de forma masiva por internet— de atacar contra los infieles y Occidente con acciones en solitario. Las consecuencias de estas campañas de propaganda yihadista se han hecho evidentes en los últimos atentados en suelo europeo en 2020, dándose varios de ellos en Reino Unido y Francia. Todos fueron ejecutados en solitario, al menos en apariencia, y con arma blanca, a excepción de lo ocurrido en Viena; pero, aunque pueda ser menos dañina en términos de letalidad, la amenaza yihadista sigue teniendo un enorme potencial de provocar terror entre los europeos.

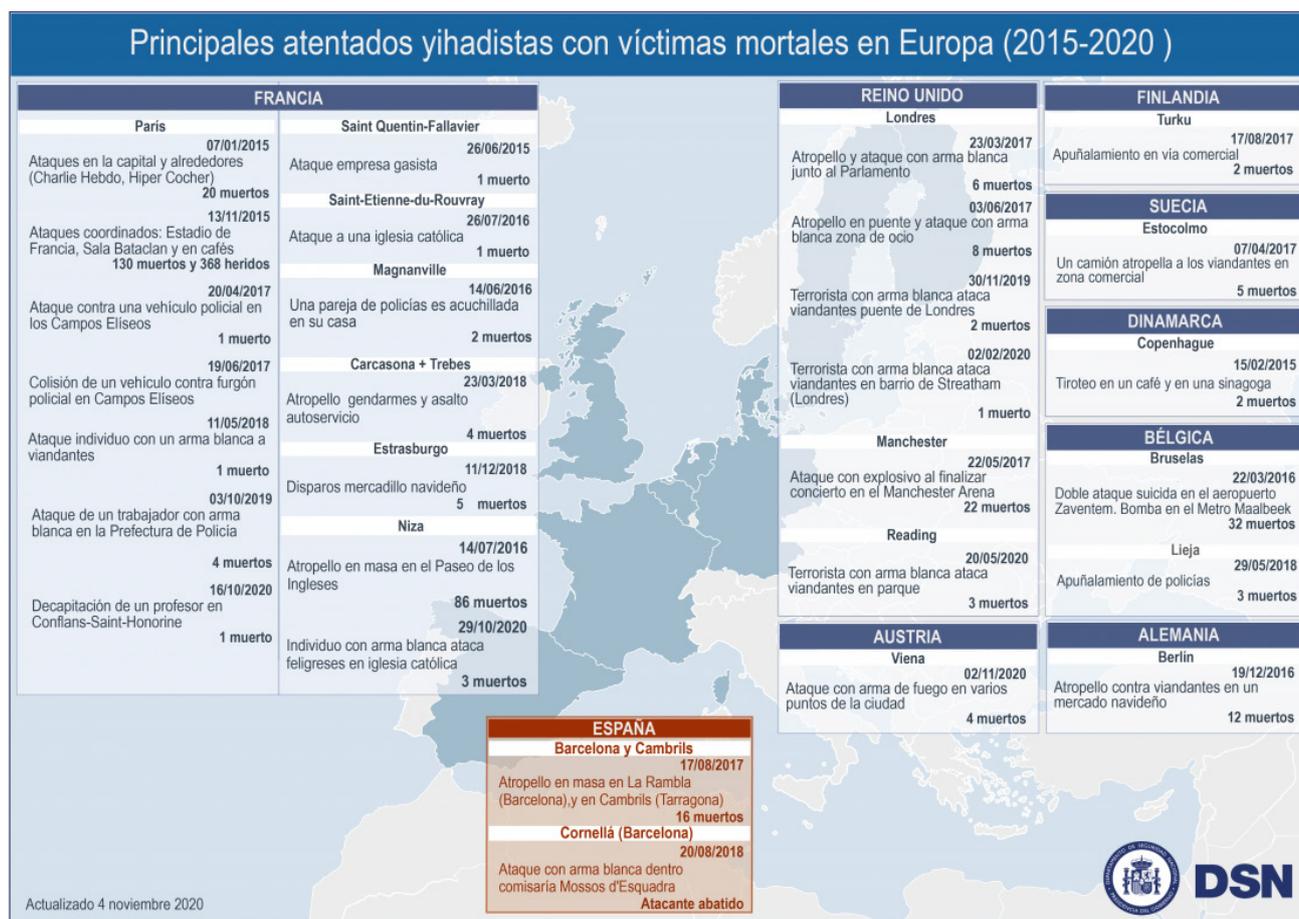


Figura 1. Principales atentados yihadistas con víctimas mortales en Europa (2015-2020)
Fuente: Departamento de Seguridad Nacional

2.2. Oriente Medio y Sur de Asia

Tras la guerra de Afganistán contra la invasión de la Unión Soviética (1978-1992) y el establecimiento del régimen talibán a mediados de los noventa, este país se convirtió en el principal escenario y foco de proyección de la yihad global, especialmente por la fundación de la organización terrorista, paramilitar y yihadista Al Qaeda liderada, hasta su muerte en 2011, por Osama Bin Laden. Tras los atentados de las Torres Gemelas el 11 de septiembre de 2001, la contundente reacción de la Coalición internacional de la OTAN liderada por Estados Unidos contra los talibanes y Al Qaeda en Afganistán puso fin al dominio absoluto del movimiento talibán, pero también estimuló la expansión de la ideología yihadistas dentro y fuera de las fronteras afganas. Después de una década de apoyo internacional, y a pesar de la instauración de un gobierno auspiciado por Oc-

cidente al frente de la República Islámica de Afganistán desde finales de 2001, este país asiático dista mucho de ser un régimen seguro, estable y de contar con el respaldo de toda la sociedad afgana. Por el contrario, y bajo el débil liderazgo del presidente Ashraf Ghani, los talibanes siguen atentando de forma indiscriminada, han recuperado progresivamente su poder fáctico en el escenario político, territorial y social, y hoy pretenden negociar el futuro del país con el gobierno estatal desde una posición de renovada fortaleza.

En febrero, y en una arriesgada propuesta para alcanzar la paz en Afganistán, los Estados Unidos alcanzaron un acuerdo con el movimiento talibán. Con la condición de que las tropas internacionales abandonaran el país, los líderes talibanes se comprometieron a entablar negociaciones con el gobierno de Ghani y a no permitir que el territorio que controlan sirva de base para grupos terroristas como Al Qaeda o el Estado Islámico. Desde septiembre, Qatar acoge las conversaciones directas de paz y de reconciliación nacional entre los talibanes y el gobierno afgano. Por el momento, no se ha producido ningún avance significativo, mientras la violencia yihadista sigue imperando en todo el territorio afgano.

En 2020, y de nuevo con Afganistán como el país más castigado por el yihadismo en el mundo con 3.959 personas asesinadas (Igalada, 2020), las milicias talibanes —con una fuerza estimada de 60.000 milicianos— mantienen sus ataques terroristas contra, principalmente, las fuerzas de seguridad; pero también para expandir su control territorial, como su última gran ofensiva sobre la ciudad de Lashkarga el pasado mes de octubre o actualmente contra distintas localidades. Por otro lado, la presencia de Al Qaeda y su alianza con los talibanes sigue muy vigente en Afganistán, como señala Naciones Unidas (Kermani, 2020). Aunque su actividad terrorista esté muy diezmada, la constante lucha antiterrorista del ejército y la inteligencia afganas constatan esta realidad.

Por último, otros grupos yihadistas siguen atentando en el país. Entre ellos, el más importante es la franquicia regional de Daesh que opera bajo el nombre de Wilayat Khorasan o ISIS-K, principalmente activo en la región noreste limítrofe con Pakistán, pero también en Kabul¹.

En el caso de que las negociaciones de Doha se sellen con un acuerdo de paz, esta franquicia yihadista podría resultar fortalecida y atraer a muchos combatientes talibanes descontentos y milicianos extranjeros (Sharifi, 2020).

2.3. Siria e Irak: ¿el resurgimiento de Daesh?

Como hemos señalado, la guerra que comenzó en Siria a finales de 2011 se convirtió en el mejor caldo de cultivo para la eclosión del yihadismo en la región, especialmente el vinculado a la nueva franquicia de la yihad global: el autoproclamado Estado Islámico de Irak y el Levante (ISIS). Un proyecto extremista que se consolidó en 2014, cuando el líder de esta nueva milicia yihadista, Abu Bakr al Bagdadi, instauró públicamente su pretendido califato islamista desde la ciudad de Mosul (Irak) y exigió obediencia a los musulmanes de todo el mundo. Esta declaración supuso su ruptura total con Al Qaeda, a la que permaneció hasta poco antes, y dio lugar a un enfrentamiento violento entre ambas facciones —con la misma ideología extremista, pero con diferentes proyectos, prácticas criminales y elección de sus víctimas— que perdura en la actualidad.

¹ Este grupo reconoció la autoría del atentado contra la Universidad de Kabul el pasado 2 de noviembre, en el que al menos a 22 estudiantes y profesores fueron asesinados, aunque el gobierno afgano también lo atribuye a los talibanes

En diciembre de 2017, tras una incesante lucha de las fuerzas iraquíes apoyadas por la Coalición Internacional contra Daesh y la toma de Mosul en junio, el presidente iraquí Al Abadi declaró en Bagdad el derrocamiento local de este grupo yihadista afirmando que “nuestras fuerzas tienen el control total de la frontera sirio-iraquí y por lo tanto anuncio el fin de la guerra contra Daesh” (Al Jazeera, 2017). Menos de dos años después, en marzo de 2019, las Fuerzas de Siria Democrática (FDS) anunciaban también la victoria total frente a Daesh tras la toma del último bastión yihadista de Bagouz, y proclamaban “la eliminación total del autoproclamado califato y la derrota territorial del Estado Islámico al 100%” (France 24, 2019). El 27 de octubre de 2019, la muerte del líder yihadista al Baghdadi en el noroeste de Siria, durante una operación de las fuerzas especiales de Estados Unidos, ponía el esperado punto final al pretendido califato yihadista; pero hoy la violencia terrorista de Daesh—especialmente en el centro del país— dista de ser un mero vestigio del pasado.

Ahora, al mando de Abdul Rahman al-Mawli al-Salbi, el grupo pretende resurgir de sus cenizas mientras las fuerzas nacionales de seguridad refuerzan su hostigamiento contra los yihadistas en Siria e Irak. Hoy, hay más de 10.000 extremistas detenidos en cárceles de la región kurda en Siria, pero los yihadistas siguen enfrentando la batalla del terror —con mucha menos entidad y fuerza, y una exigua presencia territorial— para restaurar el poder perdido tras la eliminación de su califato. “Ya no hay áreas geográficas controladas por Daesh en Siria, pero un año después los ataques terroristas contra civiles y militares no se han detenido y los realizan con sus células activas”, señalaba el portavoz de las FDS en marzo de 2020. Mientras, el frente de Idlib sigue siendo reducto de terroristas, en el que la organización yihadista-salafista *Hay'atTahrir Al Sham*—filial de Al Qaeda, conocido por sus siglas HTS, mantiene un poder hegemónico.

También Irak sigue sufriendo la violencia de Daesh, aunque ya ha perdido toda la estructura organizativa de pseudo-estado yihadista instaurada a partir de 2014 y hoy es incapaz de recuperar su antaño poder territorial. Ahora, los yihadistas aprovechan la brecha de seguridad entre los peshmerga y las fuerzas iraquíes en las áreas disputadas para atacar a civiles y fuerzas de seguridad. También, lanzan continuos ataques contra las Fuerzas de Movilización Popular (PMF) y las Fuerzas de Seguridad Iraquíes (ISF), que juntas lideran la lucha contra la lacra yihadista con el apoyo de las fuerzas internacionales, principalmente, de la operación *Inherent Resolve* de la Coalición Internacional de lucha contra el Daesh.

2.4. África

África es el lugar del mundo donde la amenaza yihadista se expande con mayor intensidad y virulencia. Si hace diez años los salafistas violentos estaban presentes mayoritariamente en el norte del continente, hoy la violencia terrorista es una trágica realidad en el Sahel, se ha fortalecido en Nigeria y repunta con fuerza en el centro y sur de África, con la eclosión de milicias yihadistas en República Democrática del Congo o en Mozambique. Desde 2017, el número de atentados y las víctimas mortales han crecido de forma exponencial en África, especialmente en su región occidental. De esta forma, “nuevamente se identifican dos claros focos de actividad de los grupos yihadistas: el Sahel Occidental—especialmente la región del Liptako-Gourma, también llamada de la “triple frontera” entre Burkina Faso, Níger y Malí—y la cuenca del Lago Chad” (Summers, 2020). Con todo, la proyección mundial de las dos principales franquicias de la yihad global —tanto Al Qaeda como Daesh— está más afianzada a través de sus grupos afiliados en África que en países como Siria, Irak o Afganistán.

En el norte de África, la férrea lucha antiterrorista en Marruecos, Argelia y Túnez ha conseguido reducir la amenaza yihadista y desarticular numerosas células terroristas, pero aún quedan guaridas para los salafistas violentos en estos países. En Túnez, tras el desmantelamiento de la estructura de Daesh, han surgido células autónomas que atacan contra las fuerzas de seguridad y en los complejos turísticos; y ahora el país se enfrenta al regreso de numerosos yihadistas desde Irak, Siria y Libia. Desde este último, muchos terroristas discípulos de Al Qaeda o Daesh —también los que han llegado desde Siria, supuestamente respaldados por Turquía— desafían a la incesante ofensiva del Ejército Nacional de Libia de Haftar, al tiempo que los líderes de las organizaciones yihadistas se refugian en la región meridional de Fezzan.

2.4.1. Mali, Níger y Burkina Faso: el triángulo yihadista más pernicioso

A partir de 2012, como consecuencia inmediata del caos provocado por la última revuelta armada de los tuaregs, la situación de seguridad y desgobierno se ha deteriorado de forma manifiesta en el norte y centro de Mali, hasta convertir al país en el epicentro del yihadismo en África. En estos años, las milicias filiales de Al Qaeda se han fortalecido, reorganizado y unificado, y en 2017 sellaron definitivamente una potente coalición terrorista: el Grupo de Apoyo al Islam y los Musulmanes, más conocido por sus siglas en árabe, JNIM. Dentro de esta alianza yihadista, y aunque el liderazgo lo ejerce el tuareg Iyad Ag Ghali, emir de *Ansar Dine*, Al Qaeda del Magreb Islámico (AQMI) es el grupo predominante. Tras la muerte de su jefe Abdelmalek Droukdel el pasado mes de junio abatido por fuerzas francesas, otro argelino, Abu Ubaida Youssef al-Annabi, fue confirmado como su sucesor en noviembre.

En la lucha por el dominio de la yihad en el Sahel, y desde principios de 2020, JNIM se enfrenta con éxito al autoproclamado Estado Islámico del Gran Sáhara (ISGS) —franquicia saheliana de Daesh— en una guerra sin cuartel en la zona de la triple frontera entre Mali, Níger y Burkina Faso. Además, el ISGS ha ganado para su causa a muchos grupos armados de los ganaderos peul/fulani, lo que ha incrementado la lucha étnica en la región. Como principales víctimas de todo este conglomerado terrorista se encuentran la población, los ejércitos y las fuerzas de seguridad, sin olvidar la cooperación regional e internacional: las fuerzas francesas de la Operación Barkhane, de la organización regional G5 Sahel y de la Misión de Naciones Unidas para Mali (MINUSMA)². Con todo, más de 25.000 militares y civiles —junto a las fuerzas nacionales de seguridad— se esfuerzan para librar a la población saheliana del yugo yihadista, aún a sabiendas que las medidas en el ámbito de la seguridad son necesarias, pero no suficientes, para acabar con la capacidad de captación, reclutamiento y adoctrinamiento que sostiene a los grupos yihadistas.

2.4.2. Nigeria: la yihad más sangrienta

Desde esta región interior del Sahel, los grupos yihadistas locales pretenden ahora expandirse hacia los países del Golfo de Guinea, con la intención de proyectar su ideario extremista pero más aún para controlar las redes de crimen organizado: el oxígeno financiero del yihadismo en África Occidental. Sin duda, el escenario más preocupante es que el ISGS consiga unirse geográficamente con la filial de Daesh en Nigeria: el Estado Islámico de África Occidental (ISWAP). El terrorismo yihadista ha asesinado a más de 20.000 personas en

2 A este despliegue internacional se unen las misiones de adiestramiento de los militares malienses (EUTM Mali) y de capacitación de fuerzas de seguridad y reforma del sector de seguridad (EUCAP Mali y EUCAP Níger, de carácter civil).

los últimos diez años en el país más poblado de África, principalmente en el estado nororiental de Borno; pero también, desde 2015, en la zona del Lago Chad que Nigeria comparte con Níger y Chad, y en el norte de Camerún.

En la actualidad, y a pesar de que mantienen una significativa capacidad de atentar, asesinar y aterrorizar a la población, los grupos yihadistas de Nigeria han perdido el enorme poder territorial que ejercieron en 2015. Desde ese año, la denominada Fuerza Multinacional Conjunta (MNJTF, por sus siglas en inglés)³ se han enfrentado con relativo éxito a la amenaza yihadista, han conseguido liberar muchas localidades y han obligado a los terroristas a esconderse entre la población o en el bosque de Sambisa (estado de Borno). Sin embargo, una vez más, la erradicación definitiva del yihadismo depende de que los estados sean capaces de inspirar más confianza entre la población y mejorar sus condiciones de vida.

2.4.3. Al Shabaab en Somalia, el grupo más resiliente de África

Desde que la Unión de Cortes Islámicos (UCI) fue expulsada de la capital Mogadiscio en diciembre de 2006 por tropas etíopes, el grupo Al Shabaab, brazo armado de la UCI y leal a Al Qaeda desde su fundación, comenzó una campaña de atentados indiscriminados contra la población, contra las inoperativas fuerzas de seguridad somalíes y contra los militares africanos de la Misión de la Unión Africana para Somalia (AMISOM) que, desde 2007 y con más de 20.000 efectivos, intenta proteger a la población y eliminar la amenaza yihadista.

En todos estos años, Al Shabaab ha perdido el control sobre grandes ciudades interiores y portuarias (Kismayo y Barawe), ha resistido al descabezamiento de su cúpula en varias ocasiones, y su entidad se ha reducido de forma drástica gracias al apoyo internacional —AMISOM y, en mayor medida, Estados Unidos— y al incremento de la operatividad del Ejército somalí, instruido por EUTM Somalia, Turquía, Reino Unido y EEUU. Sin embargo, mantiene el control sobre extensas zonas del centro y sur de Somalia y también su potencial para atentar⁴.

Con todo, Al Shabaab se ha consolidado como el grupo extremista más resiliente del continente africano. Además de su capacidad de ejecución, sigue reclutando numerosos adeptos entre la población somalí y conserva sus fuentes de ingreso, que le reportan ingentes cantidades de dinero (13 millones de dólares entre diciembre de 2019 y agosto de 2020) para adiestrar a sus huestes, comprar armamento y también financiar una suerte de acción social en las localidades dominadas por la causa yihadista⁵. Por otro lado, se enfrenta a la incipiente facción de Daesh en Somalia que, a pesar de focalizar sus acciones terroristas en el estado de Putlandia, está cada vez más infiltrada en Mogadiscio. Desde 2010, ha asesinado a más 4.500 civiles y a miles de militares de AMISOM, que nunca ha querido precisar la cifra exacta. En 2020, la letalidad ha descendido al tiempo que el ejército somalí—con mayor nivel de eficacia— refuerza una contundente operación ofensiva con la que está recuperando progresivamente el control territorial en poblaciones del centro y sur del país.

3 Compuesta por unos 8 000 militares de Nigeria, Chad, Níger, Camerún y Benín.

4 En 2017 perpetró un ataque complejo en Mogadiscio, que acabó con la vida de 587 personas, y que nunca llegó a reivindicar para evitar el rechazo de la población.

5 En 2019, según los expertos de la ONU, Al Shabab tuvo un gasto operativo de unos 21 millones de dólares, de los que 16,5 millones se destinó a sus unidades de combate y de apoyo logístico, toda vez que el 40 por ciento de esos fondos se usaron para comprar armas.

2.4.4. África Central: el nuevo escenario del yihadismo de Daesh

Lejos de los principales escenarios del yihadismo en África, el este de la República Democrática del Congo (RDC) y el norte de Mozambique se han convertido en nuevos focos de atracción y violencia para los partidarios de Daesh. Su nueva franquicia africana, que nombraron como el Estado Islámico del África Central (ISCAP, por sus siglas en inglés), reivindicó su primer atentado contra las Fuerzas Armadas de la RDC en localidades cercanas fronterizas con Uganda en abril de 2019. Sin embargo, Al Bagdadi ya había mencionado la “Wilayat de África Central” en un discurso público en agosto de 2018 (Postings, 2019), aunque muchos analistas apuntan a que solo se trataba de una campaña más de propaganda. Todo indica que las presuntas milicias yihadistas congoleñas son parte o una escisión de las Fuerzas Democráticas Aliadas (ADF, por sus siglas en inglés), fundadas en Uganda en 1995 y con raíces islamistas, pero hay pocas evidencias respecto a la estructura operativa y unificada de una ISCAP congoleña. Según Naciones Unidas, ADF ha asesinado a más de 1.000 civiles desde principios de 2019 (Reuters, 2020).

Por su parte, los yihadistas de Mozambique han demostrado aún más fortaleza desde su aparición en 2017. Por entonces, surge el grupo salafista Ahlu-Sunnah Wa-Jama (ASWJ) —nombrado también como Al Shabaab, pero sin relación alguna con la milicia yihadista de Somalia— que, a partir de junio de 2019, se vincula con el ISCAP (Lister, 2020). Aunque esta asociación es todavía incierta, la intensidad y crueldad de los atentados de ASWJ en la provincia norteña de Cabo Delgado, limítrofe con Tanzania, han puesto en jaque al gobierno y a las fuerzas de seguridad de Mozambique. Desde 2017, los yihadistas han asesinado a más de 2.600 personas y desplazado a casi 700.000 (The Guardian, 2021), y el pasado agosto capturaron la ciudad costera de Mocimboa da Praia, además de dos bases militares en los alrededores de la ciudad, donde confiscaron importantes cantidades de armamento y munición⁶.

Un apoyo regional e internacional que aún es más apremiante después del brutal ataque del grupo terrorista ASWJ, el pasado 24 de marzo, en la ciudad de Palma en la provincia de Cabo Delgado, cerca del gran proyecto gasístico internacional. Aunque la ciudad ha sido recuperada por las fuerzas de seguridad y la información es aún confusa, ya se ha confirmado que docenas de nacionales y extranjeros han sido asesinados.

3. Conclusiones

Más allá de su localización geográfica, los líderes de las milicias yihadistas defienden la doctrina salafista violenta como la única interpretación correcta del islam y pretenden instaurar mediante la fuerza regímenes islamistas basados en la sharia más rigorista. Sin embargo, la expansión, los objetivos o la entidad de las distintas franquicias del terror no se pueden analizar exclusivamente desde una visión reduccionista del extremismo religioso.

Sin minimizar nunca la trascendencia de la ideología de las organizaciones yihadistas, resulta imprescindible conocer la situación política, económica y social en aquellos lugares donde se originan; la finalidad real de sus atentados y ataques; y, más aún, las motivaciones que subyacen en aquellos que deciden engrosar sus filas.

⁶ Entre el 6 y el 8 de noviembre, los yihadistas decapitaron y descuartizaron a más de 50 personas, una masacre que puso en alerta a toda la región y provocó que la Comunidad Económica del África Central acordase responder a la amenaza yihadista en Mozambique, pero sin concretar medida alguna por el momento

Solo así, desde un estudio holístico de la amenaza y de su contexto, se podrán articular las respuestas más oportunas para acabar con el yihadismo global, actuando fundamentalmente en el nivel local y regional.

En muchos de los países abordados en este trabajo, el salafismo violento pretende imponer soluciones religiosas a problemas políticos, pero también se ha convertido en válvula de escape de la frustración social, la falta de expectativas vitales o el subdesarrollo. Revertir esta situación requiere, en primer lugar, actuar sobre el adoctrinamiento y la radicalización islamista, con una implicación directa del mundo musulmán; al mismo tiempo, atajar las vías de financiación que permiten la subsistencia de los grupos yihadistas; y, fundamentalmente, desplegar políticas nacionales y regionales que incidan en la seguridad, el progreso y la buena gobernanza de la población. Solo así podremos empezar a vislumbrar la erradicación de la amenaza yihadista que va a seguir causando mucho sufrimiento durante demasiados años.

Referencias bibliográficas

Al Jazeera (9 de diciembre de 2017), *Iraqi PM Abadi declares 'end of war against' ISIL*.

France 24 (23 de marzo de 2019), *Islamic State group caliphate eliminated, say US-backed Syrian forces*.

Igualada, Carlos (2020), *Actividad yihadista global en 2020* en Igualada, Carlos (Dir.), Anuario del terrorismo yihadista 2020, San Sebastián.

Jordán, Javier; Torres, Manuel (2005), *El yihadismo en Europa: tendencias y evolución*, Comunicación presentada en el VII Congreso Español de Ciencia Política y de la Administración.

Kermani, Secunder (29 de octubre de 2020), *UN official warns Al-Qaeda still "heavily embedded" with Taliban*, BBC.

Lister, Tim (2020), *Jihadi Insurgency in Mozambique Grows in Sophistication and Reach*. CTC Sentinel, Volume 13, Issue 10 (pp.35-45).

National Counterterrorism Center (2011), *Report on Terrorism 2011*, Office of the Director of National Intelligence.

Postings, Roberts (30 de abril de 2019), *Islamic State recognizes new Central Africa Province, deepening ties with DR Congo militants*, The Defense Post

Reinares, Fernando (11 de septiembre de 2020), *El declive del yihadismo en Europa*, El País.

Reuters (29 de octubre de 2020), *Suspected Islamists kill 18, torch church in east Congo*.

Sharifi, Arian (24 de septiembre de 2020), *Could the Islamic State – Khorasan Province Be the Next Chapter of Global Terrorism?* The Diplomat.

Summers, Marta (2020), *Actividad yihadista en el Magreb y el Sahel Occidental*, en Igualada, Carlos (Dir.), Anuario del terrorismo yihadista 2020, San Sebastián.

The Guardian, (28 de marzo de 2021), *Mozambique: up to 60 missing after insurgents attack convoy*.